Debo confesar, ya que la ocasión lo exige, que experimento una debilidad ó predilección marcadísima por las esculturas y retablos llamados de la decadencia. Si en piedra no me satisface por completo el gusto *churrigueresco* (aunque estoy muy á bien con ciertos ejemplares suyos), en madera tallada, pintada y dorada me cautiva. Aquella opulencia de adorno y aquella prodigalidad infinita de detalles; aquella inexhausta fantasía que no cesa de producir formas y combinaciones de colorido; aquel oriental esplendor y aquella vida que bulle, hormiguea y se derrama en las vegetaciones, en la flora, en la fauna, en los símbolos, en los pasajes de la Biblia, de la leyenda ó del Evangelio, que trepa por los fustes de las columnas, revienta comprimida en los capiteles, ondea en las cornisas, se enrosca en las volutas y florece en los casetones de las bóvedas; aquella suntosidad del oro despilfarrado á manos llenas, realzado por la intensa y armónica esplendidez de los colores, son, en mi entender, cosa muy bella y tan significativa como puede ser cualquier monumento ojival, que por costumbre y rutina consideramos la más propia manifestación de la idea religiosa.

Estos retablos de la decadencia también expresan cumplidamente una fase de la vida histórica del catolicismo español. Llegado á su es-

pléndido apogeo; habiendo producido ya la ciencia isidoriana y el misticismo, el arte sublime de las Catedrales y la epopeya del Romancero, los teólogos de Trento y los héroes de Flandes, Santo Domingo y San Ignacio, Santa Teresa y Murillo; después de conquistar para Cristo otro hemisferio y de contrastar á la Reforma y de inspirar los Autos Sacramentales y los versos de fray Luis, en el período de cansancio y postración que sigue fatalmente á tal derroche de energías y fuerzas creadoras, el catolicismo español celebra su propia apoteosis con la asiática riqueza de los retablos, y en ellos pone como una visión de la gloria, premio y fin de tantas luchas y tanta sangre vertida. La pompa del decorado se une á la pompa del culto, y la Iglesia, ataviada como para el día nupcial, brilla, refulge y se aparece radiante de belleza entre la pesada nube de incienso, los millares de cirios, las delicadas voces de los cantores, la majestad del órgano, el destello de la pedrería y el crugido de las recamadas casullas, donde sembró todas sus flores una mística primavera.

¿Cómo no experimentar algo análogo al deslumbramiento del Paraíso de Dante, al ver estas columnas cuyo fuste no es sino cabecitas de ángeles que palpitan entre aureas nubes; estas puertas del coro bajo que parecen la *janua cœli* de la letanía, todas revestidas de oro, sobre el

cual se destacan en soberbio relieve las cabezas de San Pedro y San Pablo; este retablo del altar mayor, tan proporcionado en su inmensa altura y tan elegante en su complicación? Sería cosa de estarse un día entero mirándolo, y aun no veríamos todos los pormenores deliciosos que agrupó allí el gran artista anónimo á quien se debe.

En ninguna obra semejante he visto que la vid, la eterna vid de los retablos decadentes, se enrede con más gracia ni esconda tan gentiles y picarescos angelotes y ratoncillos dedicados á comerse la uva. Nosotros apenas si tenemos tiempo de echarle una ojeada, y de consagrar rápidos minutos al examen de los interesantes bajo-relieves de mármol, incrustados en su parte inferior, que representan la Presentación, la Circuncisión, el Tránsito de la Virgen, el Lavatorio, la Cena, la Coronación de espinas, la Flagelación, la Disputa con los doctores en el templo y la Degollación de los inocentes. Son estos bajos-relieves muy chicos, y las figuras, delicadas y menudísimas, están pintadas y doradas; parece que corresponden á la primera mitad del siglo XVI, y deben de ser anteriores á la reconstrucción del templo. Pero nada de indagaciones ni de conjeturas; no hay espacio. Solicitan nuestra atención el altar de San Juan, con su hermosa efigie de bulto; la imagen de piedra de San Benito, cuya cabeza parece respirar y meditar; la sillería del coro bajo, en cuyos sitiales se desarrolla la vida de San Rosendo; la estatua del mismo Santo, sentada y colocada sobre la urna cineraria de Santa Ilduara su madre; el Cristo bizantino, con enagüillas, negro, trágico, desmelenado y sublime, que, resaltando sobre un fondo de oro, conmemora en aquella iglesia pomposa é imperial las tristezas y severidades de la Edad Media.....

Imposible dejar de pararse, siquiera no tanto como pide el deseo, ante las dos arcas de plata, incrustadas en el altar mayor y que encierran: el cuerpo de San Rosendo la que está al lado de la Epístola, y el de San Torcuato la que está al del Evangelio. Trabajadas á fines del siglo XVI, con muchos esmaltes y labores representando ocho milagros, cuatro en la delantera y dos á cada lado, estas arcas, dice Florez, pesan seis arrobas y cuatro libras de plata. Por la fecha en que se labraron—la mejor de la orfebrería española—juzgo que serán un encanto, ya que la altura á que están colocadas no permite enterarse bien.

San Torcuato es el segundo Santo de Celanova; quiero decir que comparte con San Rosendo, no solo la sepultura de plata, sino el lugar preferente en el relicario de los monjes. Fué San Torcuato obispo apostólico de Guadix; le

consagraron San Pedro y San Pablo, y sufrió martirio en su misma Sede. Bajo la persecución de Abderraman los cristianos trasladaron sus reliquias á Galicia, tierra libre del yugo árabe, á la antiquísima iglesia de Santa Coloma, á cuatro leguas de Celanova; y habiendo querido ciertos devotos portugueses consumar en el sagrado cuerpo uno de los piadosos latrocinios tan frecuentes entonces, caminaron toda la noche y al amanecer, en vez de encontrarse en la frontera, halláronse en Celanova, donde las campanas tocaron solas para anunciar la llegada del tesoro. La leyenda añade que el siervo de Dios Franquila, abad del monasterio, aquel en cuya boca veía San Rosendo entrar y salir una paloma blanca, sabía por revelación lo ocurrido, y acudió procesionalmente á esperar y recoger el cuerpo.

Entre las reliquias que me enseñaron los Padres Escolapios se cuenta el cráneo del mártir—del cual dijo Castella con revesado encomio que «tiene en sí tanta majestad que pone grandísima reverencia el mirarlo,» y que «en las sombras de los ojos que le faltan tiene una cierta semejanza de ojos que parece que no le faltan»—y asimismo el corazón momificado, semejante á un trozo de yesca; aquel corazón que habrá latido con tan inefable gozo al anuncio de los nuevos tiempos!

Mas no quiero seguir consultando crónicas de Santos, porque soy inclinada á embelesarme en ellas, y conviene pasar á la última parte de mis impresiones en el Escorial gallego.

III

Para cerrar el recuento de las preciosidades que contiene la Iglesia del Salvador me falta sólo la sillería ojival del coro alto. Á mis compañeros de expedición, que no eran como yo aficionados al arte escultural de fines del siglo XVII y principios del XVIII, les cayó que admirar con tan soberbia muestra del estilo gótico florido. Créese que esta sillería procede del monasterio de benedictinos de Sahagún, pues se ve que no ha sido hecha para el lugar que ocupa. Contemporáneos de los sepulcros de la Cartuja de Miraflores, estos sitiales son de la Edad Media por su

corte, del Renacimiento por su ornamentación elegantísima; dos períodos históricos se funden y enlazan aquí, dando cada uno lo mejor que tiene. No hay un dibujo ni un adorno igual á otro, y la imaginación del tallista muestra esa singular fertilidad, esa facundia seductora que caracteriza al arte creador y fuerte cuando lleva en sí fondo de inagotable variedad y riqueza y puede desarrollar, como el músico el tema favorito, una misma idea en prodigioso número de combinaciones. Cada respaldo ofrece delicada red de líneas, de nervuras y de calados, semejante al florecimiento tan libre como geométrico de la madrépora y el coral; cada brazo y cada asiento esconden un juguete, un capricho fantástico del artista; ya es un gaitero que infla los carrillos para soplar en el fuelle, ya un mono que roba un fruto, ya un diablo rabudo que se encrespa y nos desafía con mueca burlona, ya una melusina mitad hembra y mitad pez; que el genio de la caricatura y la imitación realista de la naturaleza descuellan en esta sillería como en todas las obras maestras del arte gótico.

Con la aclamación que nos arrancó la sillería nos despedimos del interior del templo y pasamos á recorrer el monasterio y el Colegio de Escolapios—respetando, por supuesto, la clausura, que las mujeres no pueden quebrantar.—Paseo triste, pues sólo me mostró alas enteras del inmenso edificio que ya son desnudos lienzos de pared, sin pisos ni tejado, artesonados magníficos que se deshacen, pudriéndose aquellas airosas y atrevidas piñas colgantes de madera que recuerdan ciertos techos de la Alhambra. No, yo no me puedo resignar á que se abandone y pierda lo que nos legaron siglos más creadores de la belleza plástica que este nuestro. Malhaya quien tocó irrespetuosamente á la España monumental; anatema sobre los vándalos, llámense como se llamaren y vengan de donde vinieren.

Excepto la capillita de Santa Ilduara, la arquitectura del Salvador no se recomienda sino por su grandiosidad y por algunas bóvedas y arranques de escalera en extremo notables. No me dejo en el tintero el hermoso claustro del Renacimiento, terminado en 1582, cuyo segundo cuerpo es muy posterior, barroco puro, y dibuja sobre el cielo sus remates de decoración de ópera, que parecen, según la frase feliz de un gran escritor español, tramoya de teatro eternizada en piedra.

Mientras nos extasiábamos con el arte, la naturaleza implacable hacía su oficio, y entre los expedicionarios había quien estaba dispuesto, según confesión propia, á comerse hasta las venerables reliquias si no se le daba presto otro manjar más jugoso. Á escape vimos la ancha co-

cina y la fresquísima bodega conventual, y en volandas nos llevaron á la robleda de los monjes, en cuyo centro, bajo una pintoresca marquesina, nos esperaba la mesa.

No sé si alguna vez se ha podido achacar con razón á las eruditas comunidades de San Benito la vida regalona que se atribuye á los jerónimos y aquellas costumbres de celda repleta y bufetillo atestado de golosinas que el Padre Isla describe; pero á buen seguro que no vivirían tan sólo para los goces del estómago hombres que, amén de estimar como nadie la apacible recreación del estudio, sabían entender las bellezas naturales y formarlas á su alrededor muy poéticas, como la de esta robleda deliciosa. Tan rectos, gruesos é iguales crecen los robles centenarios, que los tomamos por castaños al pronto. Aparte de la mullida alfombra de yerba que cubría el suelo, otra de aromáticos y cortados helechos entapizaba la esplanada ó claro donde se alzaba la marquesina, á fin de que ni un grano de polvo manchase la suela de nuestro calzado.

Era digno de una edad artística y tenía sus lejos y perfiles de banquete ateniense, el espectáculo de nuestra comida en la robleda. El cielo sin una nube; el toldo y la mesa inundados de ramaje y flores; los comensales, todos pertenecientes á la *inteliguentia,* como dicen los rusos, y más penetrados de espiritual animación que

de epicúreo placer, más sedientos de alma que de cuerpo, á pesar de los manjares exquisitos preparados por Lhardy, y los vinos auténticos, servidos largamente: los robles, majestuosos y protectores, ofreciendo su misteriosa sombra y la augusta serenidad de sus viejas cabezas al cuadro; la música, bastante lejana para aumentar el gusto y no estorbar las conversaciones: y alrededor, en círculo inmenso, todo un pueblo de instintos cultos y feliz carácter, que iba y venía por entre la arboleda, remedando improvisada fiesta campestre, y con su regocijado rumor, análogo al murmurio de las hojas que la brisa halaga, nos acompañaba y hacía coro, sin distraernos ni causarnos la más leve molestia. Á hora tan oportuna empezó y terminó el festín, que cuando Emilio Ferrari recitaba del modo que él sabe hacerlo, el canto primero de *Pedro Abelardo,* el día estaba justamente *al declinar;* y cuando nos alzamos de la mesa, asomaba apenas el lucero vespertino.

Se había convenido en regresar á Orense después de comer; pero esta parte del programa no tenía fácil realización. Una, que la carretera de Celanova es algún tanto endiablada; otra, que los cocheros habían honrado por demás á Baco y al divo Lieo mientras nosotros sacrificábamos á las Musas, y era de temer que nos condujesen algo mitológicamente. Deliberamos y resolvi-

mos pasar la noche en blanco, y salir al instante mismo en que rayase el alba. Porque todos estábamos conformes en un punto: que si nos acostábamos, no habría fuerzas humanas que nos arrancasen de entre las sábanas al amanecer. Antes velar que madrugar, es divisa de esta nuestra generación de noctámbulos.

Una noche toledana no es cosa que asuste á nadie; pero la que nosotros pasamos puede tentar á cualquiera. Acogímonos al Casino—que está en el mismo edificio del monasterio, y posee un salón vastísimo.—La sociedad iluminó, pasó recado á las señoras y señoritas de la villa, y estas acudieron, numerosas, lindas y bien prendidas, una hora después.

No me habían engañado al asegurar que la gente de Celanova es toda animación y espíritu. Se improvisó un baile en regla; nos ofrecieron, por supuesto, alojamiento y cordial hospitalidad en infinitas casas; pero rechazamos la tentadora oferta, menos Paz Novoa, que hizo la del humo, y Ferrari, que aseguró que iba á dormir *en cumplimiento de un deber*, pues tenía que tomar el tren la noche siguiente. Los demás, no sólo valientes, sino despabilados como calandrias. El baile y concierto—pues tuvimos ocasión de oir una rara voz de barítono que hará maravillas cuando esté del todo educada—duró hasta las dos y media, no sin que la mayoría de las señoras mostrasen resolución de acompañarnos hasta el fin. No admitimos el sacrificio y nos quedamos en el salón, entreteniendo con música y charla lo que faltaba para la aurora. Prohibido el sueño. Al infeliz que dejaba caer la cabeza en un diván y entornaba los ojos, de nada le servía la treta, pues le derribaban al lado una silla ó un mueble con gran estrépito, y adios sueñecillo hurtado. Á mí me prepararon una hamaca, por si deseaba reposar, mas no me atreví á fiarme de su grato columpio en aquella noche de Septiembre, que parecía de Agosto por lo templada y serena. Á pocos balanceos, me hubiera quedado como una piedra de dormida, y temía... lo que se teme en todo sueño dulce: el despertar.

Á las tres y media el chocolate y el ponche nos prepararon á soportar el frío de la madrugada y el camino hasta Orense. Una hora después, por los vidrios empezó á penetrar la claridad blanquecina y vaga que precede al amanecer. Los carruajes aguardaban enganchados en la extensa plaza. Hubo alguna dilación, porque á los expedicionarios durmientes se les había pegado, si no la sábana, el desayuno y á no ser por las grises nubes, picaría ya el sol cuando acabó de organizarse el regreso. Con los ojos nos despedimos del monasterio, y con el pensamiento y la *relembranza* de tan agradables horas y de gente tan hospitalaria y cortés: y al sepa-

rarnos de Celanova cosa de un cuarto de legua, vimos á nuestra izquierda eso que siempre queda atrás y tira de nosotros á modo de anzuelo para que volvamos á lugares ya conocidos. Era Villanueva de los Infantes y la *Virgen del Cristal.*

La Coruña; Octubre 1887.

EN EL CASTILLO DE SOBROSO

HARÁ cosa de trece ó catorce años, cuando por vez primera trepé á la barbacana del feudal torreón, no existia en Mondariz establecimiento balneario, ni venían en romería al Vichy gallego gentes de alto copete, hombres de Estado, generales, infantes de Portugal y reinas morganáticas. Sólo algunos portugueses de la clase media, y tal cual hijo de Galicia que conocía las maravillosas virtudes de los manantiales de Gándara y Troncoso, se arriesgaban á internarse en estas montañas, á cuenta de avenirse al hospedaje singular que nos ofrecía cierto *Brasileiro*, en cuya mesa nos sir-